

## **CÁDIZ EN EL TIEMPO DE CÉSAR Y LOS BALBO. LA ORDENACIÓN TERRITORIAL EN LA BAHÍA DE CÁDIZ A FINALES DE LA REPÚBLICA ROMANA (\*)**

### **CADIZ IN THE TIMES OF CAESAR AND THE BALBO. THE TERRITORIAL ARRANGEMENT IN THE BAY OF CADIZ AT THE END OF THE ROMAN REPUBLIC**

**Manuel FERREIRO LÓPEZ †**

**Área de Historia Antigua. Departamento de Historia, Geografía y Filosofía. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Cádiz. Avda. Gómez Ulla, s/n. 11003 Cádiz.**

**BIBLID [1138-9435 (2008) 10, 1-508]**

#### **Resumen**

Se trata de describir, en la medida de lo posible y siguiendo las fuentes de información literarias y arqueológicas, el proceso de transformación que experimentó Cádiz y su bahía durante el último siglo anterior de Cristo. Se elige para ello distintos momentos, aquellos en que se produjeron los cambios más significativos desde el punto de vista político, administrativo, territorial, urbano y social.

**Palabras clave:** Gades, Julio César, Balbo, ciudad Doble.

#### **Abstract**

We try to describe, as far as possible and following literary and archaeological sources, the transformation process Cadiz and its bay experienced during the last century BC. For this object we choose different moments in which the most important changes took place from the political, administrative and urban or social territory point of view.

**Key Words:** Gades, Julio César, Balbo, Double city.

#### **Sumario:**

1. Introducción. 2. César en Cádiz en el 68. 3. Cádiz empieza a modificar su legislación (61 a.C.). 4. Cádiz recibe la ciudadanía romana en el 49. 5. Cuatorvirato de Balbo el Menor (44-43 a.C.). 6. Cádiz recibe el estatuto de municipio (19 a.C.). 7. Bibliografía.

#### **1. Introducción**

No cabe la menor duda de que tanto Julio César como los Balbo gaditanos influyeron de forma decisiva en las transformaciones que Cádiz y su bahía experimentaron al final de la República romana. Por ello, y con el objeto de describir, en la medida de lo posible, dichas transformaciones, he elegido estos cinco momentos que, a mi juicio, fueron claves:

- 1) Julio César visita por primera vez Cádiz y hace amistad con Balbo el Mayor (año 68 a.C.)
- 2) Cádiz, muy probablemente por consejo de César, comienza a adecuar su legislación a los gustos de Roma (año 61 a.C.)
- 3) Los ciudadanos de Cádiz reciben de manos de César la ciudadanía romana (año 49 a.C.)
- 4) Balbo el Menor ejerce de cuatorviro en Cádiz (años 44 y 43 a.C.)
- 5) Cádiz recibe el estatuto de municipio de derecho romano (año 19 a.C.)

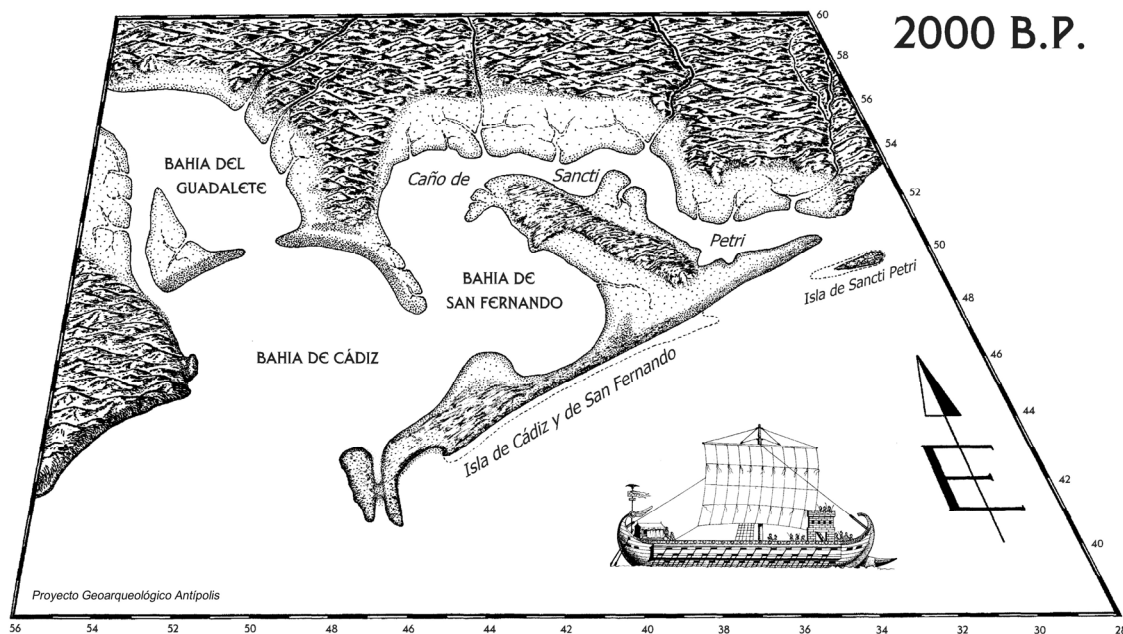
(\*) Fecha de recepción del artículo: 21-I-2004. Fecha de aceptación: 15-XII-2008.

## 2. César en Cádiz en el 68

Comenzaba César su carrera política. Acababa de ser elegido cuestor y destinado a la provincia hispana meridional, a la *Hispania Ulterior*. Puesto a las órdenes de su gobernador, éste le encargó que recorriera las comunidades para, en su nombre, administrar justicia (*Bell. Hisp.* 42, 1; Suetonio, *Caes.* 7, 1). Como no se podía obligar a todos los justiciables a desplazarse hasta Córdoba, que era la “capital” por estos años, el gobernador viajaba periódicamente a un cierto número de ciudades, en las que celebraba sus audiencias para los habitantes de una zona próxima. Estas circunscripciones, llamadas más tarde *conventus*, se organizaban en torno a una serie de ciudades principales, a las cuales, no solamente acudían los pleiteantes en los días de audiencia, sino que lo hacían también todos aquellos que deseaban ver al gobernador, o a su comisionado, para presentarle una demanda, informarle de algo, o simplemente saludarle y confirmarle su adhesión (Albertini, 1923: 85, 103 s.).

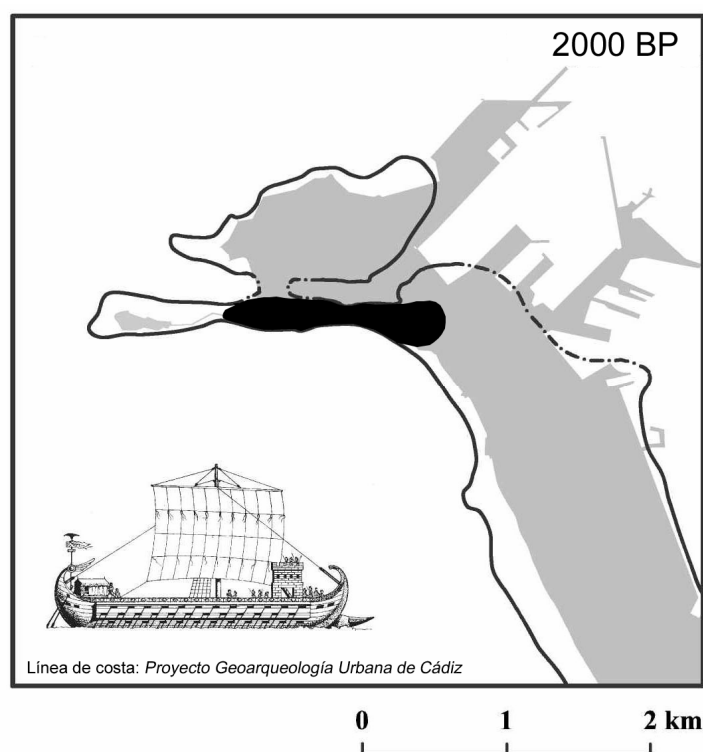
Durante su recorrido, César tuvo que llegarse hasta Cádiz, ya que ésta era una de esas ciudades donde se celebraban las audiencias (Suetonio, *Caes.* 7, 1). Había sido designada para tal fin por su importancia, pese a su situación geográfica tan excéntrica, en el extremo del mundo conocido (Estrabón, 3, 1, 8) y último destino de la vía Heraclea, que, en su origen, partía de la propia Roma.

Cádiz era una isla (César, *Bell. Civ.* 2, 18, 6; Estrabón 2, 5, 30 y 3, 1, 8; Mela, 2, 5, 97 y 3, 6, 46; Plinio, *N.H.* 3, 3, 7 y 4, 36, 119; Ptolomeo, 2, 4, 13), “separada del continente por un espacio de mar angosto y como un río” (Mela, 3, 6, 46) o “estrecho canal” (Estrabón, 3, 1, 8) de algo menos de 700 pasos, 1030 m<sup>1</sup> (Plinio, *N.H.* 4, 36, 119), esto es, el Caño de Sancti Petri, cuyo cauce en aquel tiempo era mucho más ancho que en la actualidad (Arteaga *et al.*, 2001b: 354, 383) (Figura 1).



**Figura 1.** Proyecto Geoarqueológico Antipolis. Reconstrucción de la línea de costa en la Bahía de Cádiz hacia los comienzos del Imperio Romano. La vista se orienta de Oeste a Este (según Arteaga *et al.*, 2001a: fig. 11).

<sup>1</sup> El valor de todas las medidas antiguas, tanto griegas como romanas, son de Hacquard *et al.*, 1979: 102.



**Figura 2.** Proyecto Geoarqueología Urbana de Cádiz. Actual casco antiguo de Cádiz (gris) y reconstrucción de la línea de costa de hace 2000 años (según Arteaga *et al.*, 2001b: fig. 4 c). Se añade la superficie hipotética de la ciudad Doble (negro).

No era, además, una gran isla (Estrabón, 3, 5, 3), todo lo contrario, más bien pequeña, y tan estrecha en algunos puntos que no pasaba de un estadio (Estrabón, 3, 5, 3), unos 184 m. Sin embargo, casi en su parte meridional mostraba un ancho apéndice, en dirección nordeste, que hoy es la Isla de León. Desde este apéndice y hacia el norte, la isla de Cádiz tenía forma alargada, casi recta por la parte más próxima a tierra firme, mientras que por donde miraba al océano, proyectándose hacia el mar en dos promontorios (punta de San Sebastián y punta del Nao), formaba una curva entrante en medio de la costa (Mela, 3, 6, 46) (Figuras 1 y 2).

Ya en la parte norte, se distinguía otra isla (Estrabón, 3, 5, 3 s.; Plinio, *N.H.* 4, 36, 120), muy pequeña, una “islita” (Estrabón, 3, 5, 3), que medía sólo unos 1.600 pasos (Plinio, *N.H.* 4, 36, 120), 1.472 m, y donde “estuvo antiguamente el recinto amurallado de Cádiz” (Plinio, *N.H.* 4, 36, 120). Se hallaba separada de la isla mayor por un estrecho (Arteaga *et al.*, 2001b: 352 s.), al que llamamos “Canal de Ponce” en honor a su descubridor (Ponce, 1976; 1985), y de unos 150 m en su punto más angosto (Estrabón, 3, 5, 4; Plinio, *N.H.* 4, 36, 120). La islita y la isla propiamente dicha se unían, sin embargo, por medio de un istmo, originado por una barrera arenosa, situado en la zona media del estrecho, por donde hoy está la plaza de Cañamaque (Arteaga *et al.*, 2001b: 378, 383) (Figura 2).

La ciudad que conoció César se hallaba también al norte de la isla (Estrabón, 3, 5, 3), en su zona más extrema (Mela, 3, 6, 46) y justo al sur del “Canal de Ponce”. Seguía siendo una ciudad pequeña (Estrabón, 3, 5, 3), que había crecido, quizás, más en densidad –y en altura– que en extensión (García y Bellido, 1968: 185, nota 315).

Pues bien, Cádiz, a pesar de encontrarse en el extremo del mundo, en una pequeña isla, y de ser una ciudad de reducidas dimensiones, era lo suficientemente importante como para haber sido elegida uno de los lugares donde el gobernador celebraba sus audiencias.

Desde su fundación, estuvo Cádiz lanzada al mar. Seguro que los tirios la eligieron por su posición geográfica y por las magníficas posibilidades que ofrecían las ensenadas naturales formadas a ambos extremos del “Canal de Ponce”. Una al oeste y otra al este del istmo, constituían dos soberbios puertos, uno abriéndose al Atlántico (la ensenada de La Caleta), como un Puerto Exterior, y el otro, a la bahía, como un Puerto Interior. Este último, con un paleosuelo de mayor inclinación, reunía inmejorables condiciones para las actividades portuarias, sobre todo en relación con los barcos de gran calado (Arteaga *et al.*, 2001b: 354).

César debió ver en pleno funcionamiento ambos puertos. Los principales fondeaderos del Puerto Interior podían ser utilizados por grandes barcos (Arteaga *et al.*, 2001b: 374, 396), ya que la profundidad de sus aguas era considerable (Arteaga *et al.*, 2001b: 376). Estaba abierto por entonces hasta la plaza de la Cruz Verde (Arteaga *et al.*, 2001b: 380), con una profundidad de unos dos metros (Arteaga *et al.*, 2001b: 376), y creciente hacia la bahía (Arteaga *et al.*, 2001b: 380). Llegaba, asimismo, con una profundidad parecida, hasta Puerto Chico (Arteaga *et al.*, 2001b: 376), fondeadero éste que se hallaba cerrado al Atlántico por una orilla empinada que impedía su conexión con él (Arteaga *et al.*, 2001b: 374, 387). Se prolongaba este Puerto Interior hacia la bahía por los rebordes de la plaza de las Flores, del Mercado Central y de la plaza de la Catedral, facultando la navegación y el desarrollo de unas “resguardadas” posibilidades portuarias, sobre todo en los alrededores de esta última, cuyas aguas podían alcanzar una profundidad de casi tres metros (Arteaga *et al.*, 2001b: 374). Es evidente que para las grandes naves comerciales estos óptimos fondeaderos del Puerto Interior, al resguardo de los terribles vientos del frente del vendaval, ofrecían una clara alternativa al otro puerto, el Puerto Exterior (Arteaga *et al.*, 2001b: 382), que quizás se destinara principalmente a barcos pequeños y militares.

Aunque las zonas llanas de la plaza de San Juan de Dios aún no se habían colmatado en estas fechas (Arteaga *et al.*, 2001b: 380), es muy probable que el brazo menor de la ensenada que siglos antes daba a la bahía se hubiera cerrado, debido a la unión del pequeño islote (calle Marqués de Cádiz y calle Flamenco) con la isla mayor (Arteaga *et al.*, 2001b: 381).

Con sus magníficos puertos, no es de extrañar que los gaditanos siguieran viviendo, como antaño, de la navegación y de los recursos que la mar les ofrecía. Estos “audaces” (Estrabón, 3, 1, 8) navegantes conocían las rutas atlánticas desde hacía mucho tiempo. Navegando rumbo norte, continuaban buscando los metales, sobre todo el estaño, que se hallaban en las Casitérides galaicas, la Bretaña francesa y las Islas Británicas<sup>2</sup>. Rumbo sur, a por productos suntuarios del interior de África, como maderas, pieles de fieras salvajes, marfil y metales nobles, y al encuentro de ricos bancos de peces (Lomas, 1991: 90).

Seguía siendo, en efecto, la pesca y la posterior comercialización de los productos derivados de la misma, una actividad económica característica de Cádiz. Al margen de otras actividades, como las agropecuarias o la explotación de canteras para la construcción, la mayoría de los habitantes de Cádiz vivía de la pesca, primordialmente de escómbridos (el atún y la caballa) y de las industrias con ella relacionadas: construcción de embarcaciones<sup>3</sup> y de artes, salinas y, en relación con éstas, la industria de la salazón y de las salsas derivadas (Chic, 1983: 118 s.; 1984: 93 ss.).

Para envasar estos productos se fabricaban ánforas en alfares próximos a los puntos de embarque, como sabemos que ocurría en la propia isla de Cádiz (Cádiz y San Fernando) y en la

<sup>2</sup> Sobre la confusión de los clásicos acerca de estas fuentes del estaño, *vd.* Lomas, 1991: 113 s.

<sup>3</sup> Conocemos por César (*Bell. Civ.* 2, 18, 1) que en Cádiz existían astilleros con capacidad para construir navíos de guerra.

costa frontera, sobre todo en El Puerto de Santa María y Puerto Real (Lagóstena, 2001: 98 ss.), donde, ahora, la influencia de itálicos es ya notoria.

La mar era, pues, como lo fue siempre, la principal fuente de recursos de Cádiz. Sus habitantes, de procedencia muy heterogénea, ya que, aparte de los de ascendencia fenicio-púnica –que eran mayoría– los había judíos, griegos, sirios, itálicos..., trabajaban de una u otra forma pendientes de ella.

Pero no todos, sin embargo, recibían por igual el fruto de este trabajo. La parte sustancial de las rentas iba a parar a manos de una minoría, la oligarquía comercial y naviera gaditana, algunos de cuyos miembros habían logrado amasar una enorme fortuna.

Es muy probable (Rodríguez Neila, 1992: 53) que durante su estancia en Cádiz, César conociera a uno de estos millonarios, a un joven de una de las familias más influyentes de la ciudad y al que Pompeyo había concedido la ciudadanía romana (Cicerón, *Pro Balbo* 5 s.; Plinio, *N.H.* 5, 5, 36). Me refiero al mayor de los Balbo, a quien a partir de la concesión, y según la costumbre, había adoptado un nombre romano, el de Lucio Cornelio, y, por su fortuna, admitido en el orden ecuestre (Tácito, *Ann.* 12, 60). Parece que desde un principio se entabló entre ellos una estrecha amistad, una amistad que llegaría a hacerse con el tiempo cada vez más profunda. Y es posible que ambos hombres empezaran muy pronto a comprenderse mutuamente y a adivinarse en sus respectivos intereses. César, con toda seguridad, se daría cuenta de la ayuda que el gaditano, por su riqueza y capacidad de gestión, podría prestarle en el futuro. Balbo, a su vez, la que el romano, por su nacimiento y relaciones, podría ofrecerle en vista a la ampliación del área de sus negocios.

Cádiz, pese a llevar ligada a Roma casi siglo y medio, desde el tratado del 206 por el que aseguraba su autonomía, seguía siendo en muchos aspectos una ciudad semita. Celosa de sus tradiciones, mantenía todavía vigentes sus antiguos cultos, aunque no libres de ajenas influencias. Los tres templos erigidos hacía ya siglos se conservaban aún en la isla.

Uno era el Templo de Hércules, el levantado a Melqart de Tiro por los fundadores de Cádiz en la parte más meridional de la isla (Estrabón, 3, 5, 5; Mela, 3, 6, 46). Dios joven que muere y resucita, era el señor de la ciudad y protector de las empresas coloniales y comerciales. Debido a la universalización de la cultura helénica, había perdido, en parte, sus atributos fenicios para presentar, ahora, una imagen armonizada con la del héroe griego (Lomas, 1991: 65 s.). Se hallaba situado en la Isla de Sancti Petri (García y Bellido, 1963: 74 ss.) o quizás muy cerca de ella, por los bajos de la punta del Boquerón (Álvarez, 1992: 18). Bien elegido el lugar por los que lo construyeron, seguía desempeñando una de sus funciones principales, la de vigía y punto de orientación de los navegantes, bien se dirigieran éstos por el Caño de Sancti Petri hacia la bahía y el Puerto Interior, bien por la costa hacia la punta de San Sebastián (Arteaga *et al.*, 2001b: 391) (Figura 1).

Otro templo era el de Venus, nombre latino de la antigua Astarté fenicia. Esta diosa, Tanit para los púnicos, Afrodita para los griegos y Juno para los romanos, era la diosa madre, la diosa de la fertilidad y protectora de los marineros. A ella estaba consagrada la islita situada al norte de los puertos. De ahí que a dicha islita se la conociera como isla de Afrodita o de Juno (Plinio, *N.H.* 4, 36, 120). En ella se hallaba el templo y había también una cueva y un oráculo de la diosa (Avieno, *Ora Mar.* 314-317). Por los hallazgos de punta del Nao, se ha estimado que dichos recintos sagrados debieron de estar por el castillo de Santa Catalina (Corzo, 1983: 8 ss.; Escacena, 1985: 44 ss.). Parece, en efecto, que el quemaperfumes, las pequeñas ánforas y las figurillas y cabezas de terracota encontradas allí, tienen un claro carácter ritual. La profesora Pérez López, en su Tesis Doctoral (Pérez López, 1989: 96 s.), defendió la idea de que esos hallazgos debían relacionarse con el ritual marinerio descrito por Apuleyo en su *Metamorfosis* y referido a Isis. Y en alguna que otra conversación particular, ha sugerido también que la cueva y

el oráculo quizás estuvieran donde hoy se encuentra la Santa Cueva, sugerencia que comparte Álvarez (Álvarez, 1992: 20) y que a mí, personalmente, me parece acertada. En tal caso, tal vez fuera conveniente buscar el templo no lejos de la cueva, por el solar de la antigua Telefónica, donde se halló la figurilla del dios Ptah (Marín, 1979-80: 227 s.), o por la Torre de Tavira. Situado el templo en cualquiera de estos dos lugares, de cota alta y próximos a los fondeaderos de la plaza del Palillero, de la plaza de Candelaria y del Mercado Central, podía servir de punto de referencia a los navegantes que arribaran al Puerto Interior, puesto que su visibilidad debía de ser muy amplia en todas direcciones.

El tercero de los templos era el de Cronos, nombre griego de Baal Hammón cartaginés, a quien, junto a Tanit, su paredro, se ofrecían sacrificios humanos. El santuario se hallaba en la parte norte de la isla de Cádiz, muy próximo a la ciudad, en el extremo, y junto a la isleta (Estrabón, 3, 5, 3). Muy probablemente en el castillo de San Sebastián, por donde apareció el famoso capitel protoeólico (Schulten, 1952: 277; Corzo, 1983: 15 s.; Escacena, 1985: 46; Bendala, 1989: 7) y desde donde, como otro punto de vigía y orientación, se podían salvar, junto al Templo de Hércules, los problemas de la navegación atlántica (Arteaga *et al.*, 2001b: 391).

En su visita a Cádiz, Julio César no quiso dejar de acercarse a su más célebre y conocido templo, el de Hércules. Antes que él lo habían visitado muchos viajeros, entre los que se contaban generales ilustres, como Aníbal o Pompeyo.

Se cuenta que cuando accedió al santuario, al ver una estatua de Alejandro Magno, como avergonzado de su inactividad, se había echado a llorar, lamentándose de que a la edad en que el macedonio había ya conquistado un gran imperio, él no había hecho todavía nada digno de memoria. Ahora y aquí, en los confines de la tierra, en el impresionante escenario natural del santuario, puestos sobre el tapete sus treinta y dos años, llenos sólo hasta entonces de pequeñas aventuras, no pudieron resistir la comparación con los treinta y dos años también, pero plenos y ricos, del gran Alejandro (Ferreiro, 1987: 9 ss.).

### 3. Cádiz empieza a modificar su legislación (61 a.C.)

César no volvió a España hasta el año 61. Y lo hizo con ocasión de su primera promagistratura. Después de haber sido pretor en Roma, le había correspondido de nuevo la provincia *Uterior*, aunque ahora para ocupar su puesto más importante, el de gobernador, y en calidad de procónsul (Broughton, 1968: 180). A César, desde un punto de vista personal, su cargo podía resultarle de gran provecho para su carrera política. Su próximo objetivo era, naturalmente, acceder al consulado, única manera de entrar en el círculo de los verdaderos *principes civitatis* (Gelzer, 1969: 61). Deseaba conseguirlo cuanto antes. A ser posible en su año, es decir, el primero en que podía ser elegido, y que coincidía, precisamente, con la terminación de su mandato (Badian, 1959: 88 s.). La mejor forma de obtenerlo era volviendo a Roma envuelto en la gloria del triunfo (Apiano, *Bell. Civ.* 2, 8; Dión Casio, 37, 52, 1 s.), y con los fondos suficientes para poder gozar de cierta capacidad y autonomía financieras, algo tan esencial en las luchas políticas de su tiempo.

La provincia que le había tocado en suerte se prestaba muy bien a sus propósitos. Roma, pese a que sus legiones llevaban siglo y medio en la Península, aún no había podido completar la conquista de los territorios ibéricos noroccidentales. En la práctica, y más allá de la línea del Guadalquivir, sólo ejercía control, y éste muy precario, sobre las tierras que se extendían hasta el Tajo. Tanto que muchos de los que moraban al norte de esta zona, seguían dedicándose, como antaño y para obtener los recursos que “la tierra o la injusticia les negaba”, al bandolerismo, hostigando así de continuo con sus incursiones a las regiones más romanizadas y ricas de la provincia.

Según parece, los habitantes de esta zona más meridional y que sufrían esos ataques, solicitaron del gobernador que los librara de ellos (Suetonio, *Caes.* 18, 1). Por lo que César, nada más llegar, y en muy poco tiempo, preparó su ejército (Apiano, *Bell. Civ.* 2, 8; Plutarco, *Caes.* 12, 1; Dión Casio, 37, 52, 1 ss.) y partió para Lusitania.

En el curso de la campaña, César expidió correos a Cádiz para que le enviran una flota con la que pudiera poner fin a la desagradable situación en que le había puesto un grupo de lusitanos que, huyendo de él, se había refugiado en una pequeña isla cercana a la costa atlántica. Es muy probable que Cornelio Balbo no fuera ajeno a la preparación de la flota y que, incluso, formara parte de la expedición.

Con la flota en su poder, César redujo pronto a los rebeldes y, luego, aprovechando los navíos que tenía a su disposición, embarcó en ellos su ejército y puso rumbo hacia las costas galaicas, una zona ésta que se hallaba en el área de expansión natural de su provincia. Su conquista le conferiría un gran prestigio ante la opinión pública romana, al tiempo que podía proporcionarle una fortuna fácil e inmediata. Expediciones como ésta, ya la habían hecho, mucho antes que él, otros gobernadores de la *Uterior*, como Servelio Cepión, Bruto el Galaico y quizás también Cayo Mario. Todos fueron al mando de expediciones de castigo contra los lusitanos, pero, al igual que César, fueron buscando con seguridad las fuentes de los metales nordatlánticos.

En esta ocasión, es muy probable que los intereses de los gaditanos no resultaran ajenos del todo a esta empresa; que detrás de Balbo y las naves gaditanas se encontrara el deseo de controlar mejor la ruta oceánica de los metales, en la que tanto los lusitanos como los galaicos intervendrían como agentes necesarios en navegaciones costeras y por etapas (Chic, 1984: 83).

Que sepamos, César llegó hasta *Brigantium* (Betanzos en La Coruña) y sometió a sus habitantes sin encontrar apenas resistencia (Ferreiro, 1988a: 363 ss.).

De regreso en Córdoba, César se dedicó a las tareas propias de gobierno (*Bell. Hisp.* 42, 2; Plutarco, *Caes.* 12, 2 s.). Entre los que le asistieron, se hallaría seguramente Cornelio Balbo, quien, nombrado quizás *praefectus fabrum* a raíz del episodio naval (Münzer, 1900: 1261), por su prudencia (Cicerón, *Pro Balbo* 63), se había convertido ya en uno de sus hombres de confianza.

Así que debió de ser por su intervención (Rodríguez Neila, 1992: 63) –y muy probablemente por consejo de César– por lo que Cádiz inició la modificación de sus costumbres más ancestrales. Sabemos que decidió abolir de su constitución algunas de sus leyes anticuadas y “bárbaras” (Cicerón, *Pro Balbo* 43).

No olvidemos que Cádiz seguía siendo, en muchos de sus aspectos, una ciudad fenicia: sus creencias, sus instituciones, muchas de sus costumbres, su lengua... (Rodríguez Neila, 1980: 60 s.; Corzo, 1983: 25 ss.; Escacena, 1985: 51 ss.). Ya entendamos por “bárbaras”, leyes “no romanas” o leyes “cruels”, lo cierto es que Cornelio Balbo y otros gaditanos como él, pertenecientes a la oligarquía mercantil gaditana, estaban interesados en acomodar sus costumbres al estilo de vida romano. Tal vez comenzaba de esta forma a concretarse una alianza que culminaría más tarde con la concesión de la ciudadanía romana, única manera de que dicha oligarquía pudiera participar plenamente en ese mundo nuevo que estaba abriendo Roma a sus ciudadanos.

Desconocemos el carácter específico de las leyes que se adoptaron. No obstante, es posible que una de ellas prohibiera una costumbre que, al parecer, existía en Cádiz, la de quemar vivos a ciertos condenados a muerte (Cicerón, *Ad fam.* 10, 32, 2; García y Bellido, 1967: 6; Marín, 1984: 35). Acaso otra, prohibiera también los sacrificios humanos, sobre todo el llamado sacrificio *molk*, consistente en inmolarse niños a los dioses (Corzo, 1983: 22; Marín, 1984: 35, 37).

Desde el momento en que estas leyes se promulgaron, la ciudad, en su conjunto y públicamente, abandonaría unas prácticas tan poco acordes con los gustos de Roma. Y los sacerdotes encargados de estos sacrificios, que se celebrarían en el Templo de Baal Hammón, dejarían desde entonces de hacerlos. Sin embargo, es muy probable que esta decisión oficial no fuera bien acogida por todos los gaditanos. Y que, como ocurriera en otras ciudades de tradición o influencia semita (Leglay, 1966: 319 ss.), los habitantes de Cádiz más apegados a sus viejas costumbres siguieran, normalmente o por motivos excepcionales, practicando en secreto su arraigada liturgia sacrificial (Corzo y Ferreiro, 1987: 57 ss.).

#### 4. Cádiz recibe la ciudadanía romana en el 49

Después de haber pasado el Rubicón, de haberse hecho con Italia en pocos días y de haber decidido que le convenía más invadir la Península Ibérica que perseguir a Pompeyo, que había embarcado rumbo a Grecia, César volvió a España (Ferreiro, 1986: 132 ss.). Mientras se enfrentaba en el Segre al grueso del ejército pompeyano, Marco Terencio Varrón, legado de Pompeyo en la *Ulerior*, tomaba las medidas políticas y militares encaminadas a frenar a los partidarios de César que residían en su provincia.

Como era de esperar, Cádiz se vio particularmente afectada por estas medidas: se le impuso, junto a una guarnición de seis cohortes, la autoridad de Galonio, hombre de confianza del legado; se le ordenó construir diez navíos de guerra; se trasladó a ella el tesoro del Templo de Hércules; y todas las armas, públicas y privadas, se depositaron en casa del mencionado Galonio (César, *Bell. Civ.* 2, 18, 1 s.).

Después, cuando supo que el ejército del Segre había sido forzado a capitular, Varrón, sin perder de vista que era preciso retener lo más posible a César en la Península al objeto de dar tiempo a Pompeyo para que pudiera reorganizarse en Oriente (Ferreiro, 1986: 137 s.), decidió no presentar batalla a su enemigo, retirarse y hacerse fuerte en algún punto inexpugnable de su territorio. Para ello, pensó en trasladarse a Cádiz con sus dos legiones y concentrar allí los navíos que había mandado construir y el grano que había logrado almacenar (César, *Bell. Civ.* 2, 18, 6).

Asegurada la fidelidad de sus tropas con buena paga y buena alimentación, y animado por el ejemplo de Marsella, que desde hacía varios meses resistía con éxito el asedio cesariano, veía fácil en la isla de Cádiz, bien provisto de víveres y protegido por sus barcos de guerra, a los que César sólo podría oponer débiles elementos, resistir el acoso de éste y prolongar por algún tiempo la guerra (César, *Bell. Civ.* 2, 18, 6; Ferreiro, 1986: 214).

Pero con lo que no contó Varrón fue con que antes de que su adversario llegara a la *Ulerior*, le abandonara su legión más veterana y se negaran a recibirle las ciudades más importantes de la provincia, incluida Cádiz, que expulsó a Galonio. Era el resultado de la difusión de un edicto, expedido por César en Lérida poco antes de bajar hacia el sur, en el que fijaba la fecha en que quería que los representantes de todas las comunidades se presentaran ante él en Córdoba (César, *Bell. Civ.* 2, 19 s.).

En la asamblea que se celebró poco más tarde, César dio las gracias a todos los que de alguna manera le habían facilitado las cosas. A los gaditanos, expresamente, por haber desbaratado con su conducta el plan de su adversario. Y, en fin, haciendo honor a lo que de él se esperaba, condonó las contribuciones impuestas por Varrón y restituyó los bienes que éste había confiscado (César, *Bell. Civ.* 2, 21, 1 ss.; Dión Casio, 41, 24, 1).

Tras detenerse un par de días en Córdoba, César salió para Cádiz. Tenía la intención, aparte de la de esperar allí la llegada de su lugarteniente Casio Longino, a quien pensaba poner al frente de la provincia (César, *Bell. Civ.* 2, 21, 4; Apiano, *Bell. Civ.* 2, 42; Dión Casio, 41, 24, 2), y de embarcar después rumbo a Tarragona, la de resolver algunos asuntos.



Una de sus primeras medidas consistió en ordenar que el tesoro y los exvotos del Templo de Hércules fueran devueltos a su sitio (César, *Bell. Civ.* 2, 21, 3). Luego, encontrándose tan cerca del famoso santuario, al que tan ligado se sentía, no quiso desaprovechar la ocasión de que su prestigioso cuerpo de sacerdotes, que estaba especializado también en el viejo arte de la orinomanía, le interpretara el sueño que había tenido a comienzos de aquel mismo año (Ferreiro, 1988b: 151 ss.). La noche antes de pasar el Rubicón, en aquellas horas difíciles en que tenía que tomar la decisión de levantarse en armas contra el gobierno senatorial, le pareció ver mientras dormía que mantenía relaciones sexuales con su madre (Suetonio, *Caes.* 7, 2; Plutarco, *Caes.* 32, 9).

Los sacerdotes le explicaron a César que su sueño era el presagio de que alcanzaría el imperio de las tierras del orbe. La madre entrevista que se le entregaba no era otra que la Tierra, la madre de todas las cosas (Suetonio, *Caes.* 7, 2). A estos profesionales, que poseían una gran experiencia psicológica y que, como es comprensible, cimentaban en buena medida su prestigio leyendo en los sueños de los clientes sus secretas expectativas, no les resultaría demasiado difícil adivinar los deseos de César y complacerle. Le auguraban nada menos que un gobierno absoluto sobre toda la superficie de la tierra (Suetonio, *Caes.* 7, 2; Dión Casio, 37, 52, 2 y 41, 24, 2).

Estos sacerdotes, conscientes de la realidad política y de los tiempos que se avecinaban, no hacían sino mostrar su total adhesión al romano. Adelantándose a los hechos, garantizaba el agradecimiento y el apoyo del hombre que, previsible ya su triunfo final, estaba llamado a ser el dueño del mundo y, agradecido, el mejor fiador imaginable del bienestar de la ciudad de Cádiz, o más precisamente, de su oligarquía comercial, que era la que suministraba de entre sus miembros el personal del templo (Rodríguez Neila, 1980: 19).

César, interesado en afianzar su poder por cualquier medio, no desdeñó la oportunidad que le brindaban para asegurarlo, una vez más, por medio de los dioses. No es extraño, pues, que se apresurara a comunicar personalmente la noticia y a propagar con su ayuda el rumor sobre el augurio (Carcopino, 1968: 154; 1974: 152).

De vuelta en la ciudad, agradecido por el reciente vaticinio (Dión Casio, 41, 24, 1 s.) y correspondiendo a la fidelidad que Cádiz le había demostrado al impedir que Varrón pudiese materializar sus planes de resistencia, César recompensó a todos sus ciudadanos con la ciudadanía romana *pleno iure* (Livio, *Per.* 110 s.; Dión Casio, 41, 24, 1), medida que, tres meses más tarde y estando ya César en Roma, sería ratificada por el senado (Gelzer, 1969: 222).

Es muy probable que desde ese momento, y aunque la concesión no les privaba del ejercicio de sus propias magistraturas (Lomas, 1991: 141), comenzaran los gaditanos a organizarse de acuerdo con su nueva situación y en orden a recibir el *ius municipale* (Dipersia, 1972: 119). Las tradiciones *suffetes* se irían convirtiendo poco a poco, durante “un período de tiempo fluido” (Lomas, 1991: 104), en cuatorviros, habituales magistrados del municipio romano, y el típico senado semita, en la curia municipal propia del mundo romano.

Y es igualmente muy probable que, desde entonces también, los prohombres de Cádiz más satisfechos con la nueva ciudadanía se preocuparan de cambiar la imagen que la vieja ciudad presentaba a los ojos de sus contemporáneos. Por lo que parece “verosímil” que Balbo el Mayor, pese a encontrarse por estos años en Roma, empleara parte de su inmensa fortuna en edificar en su ciudad natal, a fin de embellecerla y ponerla más acorde con los gustos romanos (Cicerón, *Ad Att.* 12, 2; Schulten, 1952: 276; Lomas, 1991: 147).

Concediendo a Cádiz la ciudadanía romana, César no hacía sino confirmar su política de hacer participar a los provinciales en los asuntos del Estado, actitud que le supuso ganarse en más de una ocasión el reproche de los conservadores (Cicerón, *Ad fam.* 9, 15, 2; Suetonio, *Caes.* 76, 3 y 80, 2). Al mismo tiempo, dejaba bien claro también que estaba decidido a premiar con el

derecho de ciudadanía a sus aliados más activos (Rodríguez Neila, 1980: 49). Cádiz había demostrado siempre ser una fiel aliada de Roma, especialmente a lo largo del presente siglo de luchas (Cicerón, *Pro Balbo* 19, 40, 44 y 50). Poniéndose de su lado, la ciudad convertía a César en el heredero legítimo de esa fidelidad tanto tiempo mantenida. El rebelde, sabedor de que el apoyo recibido en *Hispania*, sobre todo el de la *Uterior* y, en particular, el de la antigua fundación tiria, le serviría de garante de su propia legalidad ante sus conciudadanos (Mariner, 1969: 104 s.), no podía dejar de premiar la conducta de los gaditanos.

Pero, a más de las razones señaladas, a las que podían sumarse algunas de índole personal, como el buen recuerdo que de la ciudad tenía de su cuestura y de su etapa de gobernador, o como la gran amistad que profesaba a la familia de los Balbo, existían otras que con seguridad César tuvo en cuenta a la hora de conceder la *civitas* a los ciudadanos de Cádiz.

Desde un punto de vista militar, le interesaba conservar a todo trance la fidelidad de una plaza que, en caso de oponérsele y bien protegida por tierra y por mar —la resistencia de Marsella bien lo demostraba—, podía ocasionarle un serio desgaste, aparte de una gran pérdida de tiempo y tener que distraer sus recursos. La existencia de un foco enemigo en un lugar como la isla gaditana, tan distante, bien defendida y en el fondo de la bolsa occidental, no podía acarrearle más que consecuencias muy graves, como así lo había visto con claridad Varrón.

Desde un punto de vista económico, le interesaba, como es lógico, mantener a su lado a la clase dirigente gaditana, que, como sabemos, poseía un gran poder financiero. Permitiéndole acceder al privilegiado club de los ciudadanos de Roma, César se la ganaba definitivamente. Con la *civitas*, estos hombres del dinero disfrutarían de todos los derechos políticos (*iura publica*) y civiles (*iura privata*) de que gozaba un romano. Entre los civiles, había uno que interesaba en especial a estos hombres, el *ius commercii*, que les permitía realizar legalmente todo tipo de negocios en el ámbito de la romanidad. Abriéndoles el campo de su actuación, César compensaba, en parte, la pérdida del monopolio noratlántico que Cádiz había sufrido a partir de que él mismo conquistara la Galia (Chic, 1984: 84 ss.). Así como Marsella había perdido desde entonces el control de la ruta terrestre que llevaba hasta las tierras del estaño atlántico (Estrabón, 3, 2, 9), Cádiz había perdido también el control de la marítima que conducía al mismo destino (Estrabón, 3, 5, 11). Pero a diferencia de Marsella, que, en venganza, se había puesto en la guerra del lado de Pompeyo (Carcopino, 1974: 428), Cádiz, demostrando la misma visión política que tuvo en el 206 pasándose a Roma, prefirió ahora, en vez de adoptar una actitud como la de los marselleses, seguir aliada a César y sacar partido de la nueva situación.

A cambio de su apoyo, la banca gaditana, en diversas circunstancias y por medio de Cornelio Balbo, financiaría en adelante con sus fondos la causa política de César (Rodríguez Neila, 1980: 120).

### 5. Cuatorvirato de Balbo el Menor (44-43 a.C.)

A finales del año 46, la provincia *Hispania Uterior*, que poco antes se entregaba a César sin lucha, se había rebelado. La mala administración de Casio Longino, sus exigencias para sufragar una campaña en África y el plante de dos de sus legiones, que se negaron a tomar parte en dicha expedición, habían dado origen a la revuelta. Luego, la presencia de los hijos del difunto Pompeyo y de otros importantes jefes republicanos, como Labieno y Atio Varo, que llegaron a la Península tras el desastre de Tapso, había acabado por convertir a la *Uterior* en el postrero baluarte de la resistencia anticesariana (Ferreiro, 2000-02: 453 ss.; 2003: 235 ss.).

Como saben, César, para recuperar la provincia, emprendió la que sería su última campaña. Y, como saben también, ésta se resolvió, después de una prolongada guerra de posiciones entre Córdoba y los Llanos del Águila (Ferreiro, 2005), en una decisiva batalla liberada el 17 de marzo del 45 (*Bell. Hisp.* 31, 8).

Tras la toma de Córdoba y Sevilla (*Bell. Hisp.* 33 ss.; Dión Casio, 43, 39, 1 ss.), César bajó hasta Cádiz (*Bell. Hisp.* 39, 3 y 40, 7) para recibir personalmente la confirmación de su fidelidad. La ciudad, en efecto, había permanecido de su parte durante todo el conflicto y su puerto había servido de base de operaciones a su escuadra desde que ésta al mando de Didio arribara a la Península procedente de Cerdeña (*Bell. Hisp.* 37, 2; Ferreiro, 2003: 246 s.).

Esta lealtad, sin embargo, no fue óbice para que César reclamara ahora a los gaditanos una buena parte del dinero atesorado en el Templo de Hércules (Dión Casio, 43, 39, 4). Necesitaba, por lo visto, abundantes fondos para financiar una campaña que venía preparando desde hacía varios años, la campaña contra los partos (Adcock, 1977: 704), en la que probablemente estaría interesada también la oligarquía gaditana.

Con la victoria de César, todo hacía pensar que las luchas en la *Uterior* se habían terminado. Pero no fue así. A finales de aquel mismo año del 45, el hijo menor del Magno, Sexto, que había salvado su vida huyendo de Córdoba, apareció de nuevo en la provincia. A comienzos del 44 encabezaba ya un gran ejército. Y a finales del mes de mayo conseguía derrotar a Asinio Polión, legado por entonces en la *Uterior*. Su victoria, unida a la noticia de la muerte de César, ya extendida por toda la provincia, hizo que gente de todas partes se uniera a él. De forma que prácticamente la *Uterior* terminó por caer en sus manos.

Como saben, los acontecimientos en Roma tras el asesinato de César en marzo, condujeron a una serie de compromisos. Uno de ellos tuvo por objeto resolver el asunto de España. En el curso del verano, Lépido, que estaba al frente de la *Citerior*, mantuvo una entrevista con Sexto: a cambio de deponer las armas, el senado le prometía su seguridad, restituirle los bienes paternos y nombrarle almirante de la flota.

Con la marcha de Sexto a finales de ese verano del 44, se acaban por fin en España los enfrentamientos militares. La guerra civil, que iba a continuar por la obtención del poder personal, se desarrollaría en otros escenarios (Ferreiro, 1986: 394 ss.).

Balbo el Menor, siendo cuestor de Asinio Polión (Broughton, 1968: 325), había sido también “cuatorviro” de la ciudad de Cádiz durante el año 44 y, amañando las elecciones, había conseguido prorrogar su mandato para el 43 (Cicerón, *Ad fam.* 10, 32, 2). Es posible que ahora (Rodríguez Neila, 1992: 292), ya libre de luchas la Península y, por lo tanto también Cádiz, Balbo concibiera el gran proyecto de construir una ciudad nueva, la que llamarían *Neápolis* (Estrabón, 3, 5, 3). Quizás su proyecto se debiera, en parte, a que la ciudad, pequeña, como vimos, se quedaba estrecha para el número de sus habitantes (Bendala, 1989: 6; Lomas, 1991: 147; Corzo, 1992: 263), que, según parece, eran “tantos”, que por su población Cádiz parecía no ir por detrás de ninguna otra ciudad, a excepción de Roma (Estrabón, 3, 5, 3). Sin duda, el proyecto se debería también al deseo de Balbo, y el de la “burguesía” que él aglutinaba (Lomas, 1991: 148), de cambiar la imagen de Cádiz, muy antigua ya y que debía acomodarse a los nuevos tiempos (Chic, 1983: 116; 1984: 88). A su vez, haciéndose merecedores del agradecimiento de sus conciudadanos (Lomas, 1991: 148), podrían acallar con más facilidad a la oposición política que encontraban en ella (Chic, 1985: 289 s.; Rodríguez Neila, 1992: 258 ss.).

La nueva ciudad se levantaría aprovechando la realidad existente, es decir, no destruyendo la vieja, ni separándola de ella, sino ensanchándola (Álvarez, 1992: 21; Arteaga *et al.*, 2001b: 397), sobre todo por el barrio de Santa María, donde van apareciendo restos de ese urbanismo romano, y, como era lo habitual, dotándola de todos los espacios, edificios y servicios públicos, propios de una ciudad romana (Bendala, 1989: 6).

Quiso Balbo también construir un nuevo puerto (Estrabón, 3, 5, 3), no porque los antiguos, tanto el Puerto Interior como el Exterior, tuvieran problemas para prestar los servicios que siempre habían prestado, sino para facilitar el embarque de los diversos productos que los

gaditanos obtenían en las tierras fronteras a su isla (Chic, 1983: 116 s.; 1984: 89). Así, que lo construiría en la costa continental, frente a Cádiz (Estrabón, 3, 5, 3), muy probablemente por donde el actual Puerto de Santa María (Sillières, 1976: 61).

La ciudad de Asta, la más famosa de los estuarios del Guadalquivir (Estrabón, 3, 2, 2), que recibiría más adelante el estatuto de colonia romana y el apelativo de *Regia* (Mela, 3, 1, 3; Plinio, *N.H.* 3, 3, 11), probablemente en alusión a *Iuppiter Rex*, tan ligado a la propaganda política de César y Augusto (Ferreiro, 1993: 472 ss.), quedaría a partir de la construcción del puerto a poco más de 20 km de éste (Estrabón, 3, 2, 2; *It. Ant.* 409; Vasos de Vicarello, *CIL* XI, 3281-3284), cuando antes, por tierra, quedaba a casi 60 km de Cádiz (Vasos de Vicarello, *CIL* XI, 3281-3284). De esta forma sería más fácil para los gaditanos frecuentar esa rica ciudad (Estrabón, 3, 2, 2), eminentemente agraria, seguramente para tratar de negocios (Ferreiro, 1982: 159 ss.) o porque poseyeran allí tierras (Padilla, 1990: 247).

Aparte de seguir interesándose por las actividades tradicionales que se desarrollaban en esas tierras fronteras, que, como vimos, se relacionaban sobre todo con el mar, la oligarquía gaditana, ya romana, se interesaba ahora por adquirir tierras y explotarlas, al estilo de la aristocracia de Roma. Tenía que acomodarse a esa aristocracia, que siempre apreció más, por su concepto de la vida y de su propio prestigio, la tenencia de bienes agropecuarios que emplear su tiempo en las tareas mercantiles. Dedicarían, pues, las nuevas tierras a la agricultura y a la ganadería, procurando extraer de ellas la más alta rentabilidad mediante el empleo de las más modernas técnicas. Que produjeran, en definitiva, “excedentes en gran escala para la exportación” (Chic, 1983: 117; 1984: 89; Lomas, 1991: 149).

## 6. Cádiz recibe el estatuto de municipio (19 a.C.)

El asesinato de César en marzo del 44 no hizo sino agravar la situación en Roma. Tras un corto paréntesis de aparente tranquilidad, las luchas se reanudaron. Primero, entre los triunviros –Antonio, Octavio y Lépido–, y los asesinos de César, que acabaron por ser derrotados en el 42. Y, luego, entre los propios triunviros, enfrentamiento que se resolvió con la batalla naval de *Actium* y los suicidios de Antonio y de Cleopatra (30 a.C.). Octavio quedó entonces como amo indiscutible de Roma. Y a partir del 27, año en que el senado le otorgó el título de *Augustus*, y hasta el 19, acumuló tantos honores y poderes que su figura se presenta con los caracteres propios de un verdadero Príncipe (Ferrabino, 1938: 6 ss.).

Durante estos años, los Balbo, como quizás otros prohombres gaditanos, tomaron parte activa en los asuntos de Roma. Balbo el Mayor, poco, ya que tras su fugaz consulado en el 40 (Plinio, *N.H.* 7, 44, 136), desapareció de la vida pública hasta su muerte (Rodríguez Neila, 1992: 241 ss.). Mucha fue, en cambio, la participación que tuvo Balbo el Menor. Después de ponerse decididamente del lado de Octavio, quien, por el Tratado de Brindisi, gobernaba Occidente, quizás fuera nombrado por éste gobernador de la *Ulterior* en el 40 y, más tarde, en el 32, cónsul de Roma (Rodríguez Neila, 1992: 265 ss.). En el 21 fue procónsul en África, donde obtuvo una victoria sobre los garamantas, victoria que le permitió triunfar en Roma en el 19 (Plinio, *N.H.* 5, 5, 36 s.).

Este mismo año en que Balbo el Menor celebró su triunfo, y que coincidió también con la anexión de los pueblos hispanos de la cornisa cantábrica, fue cuando Cádiz debió de recibir de Augusto, por intervención de Agripa, el estatuto de municipio romano (Grant, 1969: 171 ss.; Lomas, 1991: 104, 141). De ahí que se denominara al municipio *Augustum* y a la ciudad *Urbs Iulia Gaditana* (Plinio, *N.H.* 4, 36, 11).

Recibir el estatuto municipal suponía la plena integración de Cádiz en la órbita romana, culminando así un proceso que se había iniciado hacía casi un par de siglos. A partir de este momento, las instituciones y magistraturas serían las genuinamente romanas, desapareciendo

definitivamente las semitas tradicionales, que, como vimos, habían empezado a transformarse en el 49 (Lomas, 1991: 141).

Aunque el proyecto urbanístico de Balbo, de gran envergadura, necesitara mucho tiempo para su completa realización (Chic, 1984: 89), es muy probable, sin embargo, que, coincidiendo con la concesión, la ciudad Nueva se hallara ya muy adelantada. Transcurridos más de veinte años desde que se iniciaran las obras, éstas estarían lo suficientemente avanzadas como para que pudiera hablarse de que Cádiz era una ciudad *Doble* (Estrabón, 3, 5, 3), la constituida por la unión de la antigua y la nueva.

El perímetro, seguramente murado, de esta ciudad *Doble* no pasaba de veinte estadios (Estrabón, 3, 5, 3), es decir, no más de 3.680 m, con lo que, en el mejor de los supuestos posibles –el de un círculo–, su superficie no iría más allá del millón de metros cuadrados. En realidad, sería un poco menor, ya que su planta tuvo que acomodarse a la superficie, más bien alargada, que presentaba el terreno al sur de los dos puertos (Figura 2).

Pero, con no ser grande, sus habitantes, que quizás alcanzaran la cifra de cincuenta mil (García y Bellido, 1951: 88 ss.), no padecían estrechez. Porque eran pocos los que residían en ella, debido a que la mayoría pasaba la mayor parte del tiempo en el mar, a que otros lo pasaban en Roma –aunque muy pocos–, a que vivían también en la costa de enfrente y a que, por sus ventajas naturales, habían hecho en la isleta vecina, contentos con el lugar, como una “ciudad enfrentada” a la *Doble*. Aunque, en comparación, vivía poca gente en esta “ciudad enfrentada” y en el puerto que Balbo les había edificado en la costa continental (Estrabón, 3, 5, 3).

Con seguridad, ya se habrían abierto calles, construido viviendas. Quizás también el foro y algún que otro edificio público. Tal vez la basílica o las termas. Quizás algún templo... Es posible que se empezara ahora la construcción del teatro y del anfiteatro (Lapeña, 1995: 83). El teatro, que sustituía al que había en Cádiz en el 43 (Cicerón, *Ad fam.* 10, 32, 2), probablemente de madera (Lomas, 1991: 148), se levantaría ahora en piedra ocupando el ángulo sureste del actual barrio del Pópulo. Es probable que tuviera tras la *scaena* “un gran pórtico que, junto a otros formaría un sistema de terrazas y criptopórticos que, aprovechando la pendiente, llegaría hasta casi la orilla del canal” (Lapeña, 1995: 109). Desde el punto de vista de la técnica que se emplearía en su construcción, aparecería como un reflejo de la época, donde se aplicarían técnicas constructivas propias del pasado fenicio de la ciudad, adaptadas a un concepto de edificación y a un diseño esencialmente romanos. Casi una metáfora en piedra del proceso de cambio por el que atravesaba la ciudad (Lapeña, 1995: 113).

El anfiteatro se empezaría a construir más tarde (Lapeña, 1995: 85). Se alzaría entre las actuales Puertas de Tierra y las primeras casas del barrio de Santa María, tal vez aprovechando el desnivel del terreno y en lo que hasta el siglo XVI se conocía como “Huerta del Hoyo”. Quedaría a la derecha de la vía que daba acceso a la ciudad, y que separaría al anfiteatro de los depósitos de agua en los que concluía el acueducto del Tempul (Lapeña, 1995: 126 ss.; 1996: 132 ss.).

La llamada paz de Augusto, que tanto favoreció a la mayor parte de la España meridional, favoreció también a Cádiz. Y su oligarquía se lo agradeció a Augusto, identificándose pronto con el Principado que éste inauguraba (Chic, 1984: 91). No era para menos. La isla de Cádiz era la más célebre de todas las islas (Estrabón, 3, 1, 8). El Templo de Hércules era famoso por sus fundadores, por su veneración, por su antigüedad y por sus riquezas (Mela, 3, 6, 46); la ciudad, por ser uno de los mayores centros comerciales de España (Estrabón, 3, 2, 1 y 4, 9). Poder y celebridad que se debían a la audacia de los gaditanos en la navegación y a su alianza con Roma (Estrabón, 3, 1, 8 y 2, 1).

Gracias a su experiencia comercial y a su visión política, la oligarquía gaditana, heredera de las propiedades púnicas (Arteaga *et al.*, 2001b: 394), no sólo había sabido conservar

sus riquezas, incluso en los momentos de crisis, sino que las había sabido incrementar extraordinariamente. Prueba de ello es que en un censo reciente, quizás efectuado a propósito de la elaboración del catastro del nuevo municipio, se estimó en quinientos el número de gaditanos del orden ecuestre, número que no se daba en ninguna ciudad de Italia, salvo en Padua (Estrabón, 3, 5, 3). Nada menos que quinientos gaditanos que obtenían una renta de cuatrocientos mil sestercios sólo por sus bienes inmuebles.

## 7. Bibliografía

- ADCOCK, F. E., 1977: "Caesar's Dictatorship". En *The Cambridge Ancient History* IX, pp. 638-690. Cambridge.
- ALBERTINI, E., 1923: *Les divisions administratives de l'Espagne romaine*. Paris.
- ÁLVAREZ, A., 1992: "Sobre la localización del Cádiz fenicio". *Boletín del Museo de Cádiz* 5, pp. 17-30.
- ARTEAGA, O., KÖLLING, A., KÖLLING, M., ROOS, A. M., SCHULZ, H. y SCHULZ, H. D., 2001a: "Geoarqueología Urbana de Cádiz. Informe preliminar sobre la campaña de 2001". *Anuario Arqueológico de Andalucía* 2001 (III.1), pp. 27-40.
- ARTEAGA, O., KÖLLING, A., KÖLLING, M., ROOS, A. M., SCHULZ, H. y SCHULZ, H. D., 2001b: "El puerto de Gadir. Investigación geoarqueológica en el casco antiguo de Cádiz". *Revista Atlántica-Mediterránea de Prehistoria y Arqueología Social* 4, pp. 345-415.
- BADIAN, E., 1959: "Caesar's *cursus* and the intervals between Offices". *The Journal of Roman Studies* 49, pp. 81-89.
- BENDALA, M., 1989: "Los orígenes de Gades". Manuscrito de una conferencia pronunciada el 7 de agosto de 1989 en los *Cursos de Verano de la Universidad de Cádiz*.
- BROUGHTON, T. R. S., 1968: *The Magistrates of the Roman Republic* II. Cleveland.
- CARCOPINO, J., 1968: *Las etapas del imperialismo romano*. Buenos Aires.
- CARCOPINO, J., 1974: *Julio César*. Madrid.
- CHIC, G., 1983: "Portus Gaditanus". *Gades* 11, pp. 105-120.
- CHIC, G., 1984: "Cádiz: Historia antigua". En *Cádiz y su provincia* II, pp. 49-108. Sevilla.
- CHIC, G., 1985: "Aspectos económicos de la política de Augusto en la Bética". *Habis* 16, pp. 277-299.
- CORZO, R., 1983: "Cádiz y la arqueología fenicia". *Anales de la Real Academia de Bellas Artes de Cádiz* 1, pp. 5-29.
- CORZO, R., 1992: "Topografía y ritual en la necrópolis de Cádiz". *Spal* 1, pp. 263-292.
- CORZO, R. y FERREIRO, M., 1987: "Sacrificios humanos en el Cádiz antiguo". En *Actas del II Congreso Andaluz de Estudios Clásicos* (Antequera – Málaga 1984) II, pp. 57-61.
- DIPERSIA, G., 1972: "La concessione della cittadinanza romana a Gades nel 49 a.C.". En *Contributi dell'Istituto di Storia Antica* I, pp. 108-120.
- ESCACENA, J. L., 1985: "Gadir". *Aula Orientalis* 3, pp. 39-58.
- FERRABINO, A., 1938: "L'imperatore Cesare Augusto". En *Augustus*, pp. 1-59. Roma.
- FERREIRO, M., 1982: "Asta Regia según los geógrafos antiguos". *Gades* 9, pp. 155-177.
- FERREIRO, M., 1986: *César en España*. Tesis Doctoral. Universidad de Sevilla. Edición microfichada por la Universidad de Cádiz.
- FERREIRO, M., 1987: "La primera visita de César al Templo de Hércules de Gades". *Gades* 15, pp. 9-21.
- FERREIRO, M., 1988a: "La campaña militar de César en el año 61". En *Actas del I Congreso Peninsular de Historia Antigua* (Santiago de Compostela 1986) II, pp. 363-372. Santiago de Compostela.

- FERREIRO, M., 1988b: "El sueño incestuoso de César". *Gades* 17, pp. 151-159.
- FERREIRO, M., 1993: "La concesión de la latinidad por César a la *Uterior*". En *Actas del I Coloquio de Historia Antigua de Andalucía* (Córdoba 1988), pp. 469-475. Córdoba.
- FERREIRO, M., 2000-02: "Rebelión de la *Hispania Uterior* entre los años 48-46 a.C.". *Excerpta Philologica Iosepho Ludovico Pereira Iglesias Sacra* 10-12, pp. 453-483.
- FERREIRO, M., 2003: "Rebelión de la *Hispania Uterior* entre los años 48 y 46 a.C. (Comentario a las fuentes de información y establecimiento de una cronología verosímil)". En *Actas del III Congreso de Historia de Andalucía* (Córdoba 2001), pp. 235-247. Córdoba.
- FERREIRO, M., 2005: "Munda". En MELCHOR GIL, E., MELLADO, J. y RODRÍGUEZ NEILA, J. F., Eds.: *Julio César y Corduba: tiempo y espacio en la campaña de Munda (49-45 a.C.)*. *Actas del Simposio* (Córdoba 2003), pp. 383-398. Córdoba.
- GARCÍA Y BELLIDO, A., 1951: "Iocosae Gades". *Boletín de la Real Academia de la Historia* 129, pp. 73-122.
- GARCÍA Y BELLIDO, A., 1963: "Hercules Gaditanus". *Archivo Español de Arqueología* 36, pp. 70-153.
- GARCÍA Y BELLIDO, A., 1967: *Les religions orientales dans l'Espagne romaine*. Leiden.
- GARCÍA Y BELLIDO, A., 1968: *España y los españoles hace dos mil años según la "Geografía" de Strábon*. 4ª edición. Madrid.
- GELZER, M., 1969: *Caesar. Politician and statesman*. Oxford.
- GRANT, M., 1969: *From Imperium to Auctoritas*. Cambridge.
- HACQUARD, G., DAUTRY, J. y MAISANI, O., 1979: *Guide Roman Antique*. Paris.
- LAGÓSTENA, L., 2001: *La producción de salsas y conservas de pescado en la Hispania romana (II a.C. – VI d.C.)*. Barcelona.
- LAPEÑA, O., 1995: *Lo lúdico y lo cívico. Espectáculos públicos en el Cádiz romano*. Tesis de Licenciatura. Universidad de Cádiz. Inédita.
- LAPEÑA, O., 1996: "El anfiteatro gaditano en la Historiografía local de los siglos XVI y XVII". *Anales de la Universidad de Cádiz* 11, pp. 123-135.
- LEGLAY, M., 1966: *Saturne Africaine, Histoire*. Paris.
- LOMAS, F. J., 1991: "Cádiz en la Antigüedad". En *Historia de Cádiz. Entre la leyenda y el olvido. Épocas antigua y media*, pp. 11-164. Madrid.
- MARÍN, M. C., 1979-80: "Documentos para el estudio de la religión fenicio-púnica en la Península Ibérica. 2. Deidades masculinas". *Habis* 10-11, pp. 217-238.
- MARÍN, M. C., 1984: "La religión fenicia en Cádiz". En *Cádiz en su historia. II Jornadas de Historia de Cádiz* (Cádiz 1983), pp. 5-41.
- MARINER, S., 1969: "Hispania como tema político en la obra de Julio César". *Cuadernos de la Fundación Pastor* 15, pp. 69-108.
- MÜNZER, F., 1900: "L. Cornelius Balbus". En *Real-Encyclopädie der classischen Altertumswissenschaft* 4, pp. 1260-1268. Stuttgart.
- PADILLA, A., 1990: "La transferencia de poder de *Gades* a *Asido*. Su estudio a través de la perspectiva social". *Habis* 21, pp. 241-258.
- PÉREZ LÓPEZ, I., 1989: *Los santuarios de la Baetica en la Antigüedad: los santuarios de la costa*. Tesis Doctoral. Universidad de Sevilla. Editada en CD-ROM por la Universidad de Cádiz en 1998.
- PONCE, F., 1976: "Consideraciones en torno a la ubicación del Cádiz fenicio". En *Suplemento Diario de Cádiz*. 12 de diciembre de 1976, pp. 10-11. Cádiz.
- PONCE, F., 1985: "Consideraciones en torno a la ubicación del Cádiz fenicio". *Anales de la Universidad de Cádiz* 2, pp. 99-121.

- RODRÍGUEZ NEILA, J. F., 1980: *El municipio romano de Gades*. Cádiz.
- RODRÍGUEZ NEILA, J. F., 1992: *Confidentes de César. Los Balbos de Cádiz*. Madrid.
- SCHULTEN, A., 1952: *Fontes Hispaniae Antiquae* 6. Estrabón, *Geografía de Iberia*. Barcelona.
- SILLIÈRES, P., 1976: "La via augusta de Cordove à Cadix". *Mélanges de la Casa de Velázquez* 12, pp. 27-67.